

El confuso concepto de “nación” del nacionalismo argentino de derecha. Notas en torno a la obra de Aníbal D’Ángelo Rodríguez. The Confusing Concept of “Nation” on the Argentine Right-Wing Nationalism. Notes About the Work of Aníbal D’Ángelo Rodríguez.

Mariano F. Martín*

Fecha de Recepción: 11 de agosto de 2015
Fecha de Aceptación: 11 de noviembre de 2015

Resumen: *La intención de este trabajo es doble: en primer lugar, entender qué concepto de nación subyace en el nacionalismo argentino de derechas, específicamente al expresado por D’Ángelo Rodríguez. Se examina si por “nación” éste autor, considerado como caso paradigmático de esta corriente, delimita un concepto en términos puramente culturales, o si se mezclan elementos culturales y políticos. En segundo lugar, juzgar los alcances y limitaciones de esta delimitación en base a los estudios actuales referidos al tema. Este artículo no pretende un repaso exhaustivo de las posiciones del nacionalismo de derecha acerca de la idea de nación, sino de la sistematización teórica de D’Ángelo Rodríguez para centrarse principalmente en la discusión de algunas de sus tesis.*

Palabras clave: *Nación, nacionalismo argentino, Estado-nación*

Abstract: *The intent of this paper is twofold: first, to understand what concept of nation underlies Argentine right-wing nationalism, specifically in the work of D’Ángelo Rodríguez. Here we aim to examine whether under "nation," this author, considered like a paradigmatic case, defines a concept in purely cultural terms, or cultural and political elements are mixed. Second, judge the scope and limitations of this definition based on the existing studies on the subject. This study does not attempt an*

* Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina). Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Líneas de investigación: Filosofía política, ética, filosofía práctica, filosofía de la técnica.
Correo electrónico: marianomartin42@hotmail.com

exhaustive review of the positions of right-wing nationalism about the idea of nation. It is mainly focused on the theoretical reflection of D'Ángelo Rodríguez and on the discussion of some of his theses.

Keywords: Nation, Argentine Nationalism, Nation-State.

Introducción

Es hermoso y divino el ímpetu ardiente que te lanza a las razones de las cosas; pero ejercítate y adiéstrate más, a través de esa práctica aparentemente inútil y a la que la gente llama *palabrería sutil*, mientras aún eres joven. De lo contrario la Verdad se te escapará de las manos.
(Platón. Parménides, 135d)

A comienzos y a mediados del siglo XX, el nacionalismo argentino de derecha fue un actor importante en la escena política y cultural argentina. Los principales referentes de esta corriente realizaron aportes en el campo de la historia, la literatura y, aunque en menor medida, en cuestiones de teoría política.

Se puede afirmar, entonces, que fue mucho más que un movimiento político: fue un movimiento político-intelectual. Precisamente porque tuvo una fuerte impronta intelectualizante¹, la reconstrucción de sus elementos doctrinales estrictamente políticos no es tarea sencilla.

Uno de los primeros temas que asoma en la constitución doctrinal del nacionalismo es su negativa a definirse como un movimiento de derecha. Más aun, el nacionalismo argentino niega de plano la distinción izquierda/derecha. Posicionarse

¹Su fuerte impronta intelectual puede verse reflejada en la frase de Castellani, que sirvió como lema para los militantes: "La inteligencia argentina tiene hoy una tarea y un deber sacros: pensar la Patria" (Castellani 1973 [1944] : 158).

como movimiento político de derecha o de izquierda responde, según sus principales teóricos, a aceptar una concepción “iluminista” de la política.

Por el contrario, la reivindicación de la nación como concepto obedecería, según los autores nacionalistas, a un proyecto no-iluminista. De este modo, cualquiera de los movimientos llamados “nacionalistas” (fundamentalmente de principios del siglo XX como el fascismo, nacionalsocialismo, falangismo, entre otros) serían movimientos anti-iluministas y, consecuentemente, ni de derecha ni de izquierda.

Para algunos autores cercanos en mayor o menor medida al nacionalismo (como por ejemplo Aníbal D'Ángelo Rodríguez) el concepto de nación se transformó en un enemigo de la política ilustrada ya que reivindica un concepto natural y, al mismo tiempo, anterior a la concepción racionalista de lo político que comenzó en el siglo XVIII y que, de algún modo según estos autores, se prolonga hasta nuestros días.

Ahora bien, ¿cuál es este concepto de “nación” que reivindica el nacionalismo argentino y que, en consecuencia, lo constituye en un movimiento anti-ilustrado, ajeno a la distinción derecha/izquierda? Es llamativo que, a diferencia de las “izquierdas nacionales”, el nacionalismo que podríamos llamar conservador o de derecha no realizó una teorización acabada de la idea de nación, que era una de las ideas-fuerza que lo identificaba como grupo político.

En este trabajo nos proponemos detenernos en los intentos de definición del término nación que algunos autores nacionalistas de derecha² esbozaron. El recuento no pretende ser exhaustivo, aunque debe notarse que los nacionalistas no han sido pródigos en teorías acerca de qué es la nación y lo nacional. Decimos, entonces, que no se trata de un artículo que busque un recorrido histórico de las posiciones: más bien intentamos una discusión de muchas de las tesis³.

²La aclaración se hace necesaria. Algunos autores, desde una perspectiva de izquierda, hicieron sus respectivos aportes al tema. Tal es el caso de Juan José Hernández Arregui, por ejemplo. Existe un buen acercamiento crítico a la posición de este autor con respecto al tema de la nación en Ferrari y Miranda 2012:67 ss.

³La discusión de las principales tesis del nacionalismo, entendido como un movimiento, puede verse en el demoledor estudio de Francisco J. Contreras *Cinco tesis sobre el nacionalismo* (2002). Allí el autor se dedica a desglosar, de la mano de las principales autoridades (Kedourie, Eric Hobsbawm, Anthony Smith, Andrés Blas Guerrero, Ernst Gellner, entre otros), los sustratos ideológicos de la corriente

1.- Algunos escarceos

La problemática de la delimitación y diferenciación de los términos “patria” y “nación” pareciera marcar los inicios de la corriente nacionalista. Según Fernando Devoto (Devoto, 2006: 213) la primera acusación de falsear tales conceptos la hace el poeta Leopoldo Lugones en 1927 en el periódico nacionalista *La Nueva República*. Dice que el autoproclamado grupo de nacionalistas reunidos en aquella publicación, entre los que se encontraban los hermanos Irazusta y Ernesto Palacio, remplazaban un viejo sentimiento de amor a la patria por un programa foráneo. Según Lugones, la nación es la patria, pero la patria es más que la nación, del mismo modo que el ser humano es mucho más que su cuerpo y su alma. Lugones apela a la patria como un concepto que se identifica con la totalidad, mientras que el nacionalismo es un concepto de raigambre sectaria. La crítica lugoneana, siempre según Devoto, apuntaría no tanto a la definición conceptual de “patria” y “nación”, cuanto a una crítica solapada del “racionalismo maurrasiano”, en favor de la concepción de la patria y el patriotismo como un sentimiento. La respuesta de Ernesto Palacio invertía el planteo: el nacionalismo es una fase superior del patriotismo ya que transforma el puro sentimiento, mediado por la inteligencia, en doctrina (Devoto, 2006: 213).

La patria como un mero sentimiento y la nación como racionalización de este sentimiento serían las ideas-fuerza que pululaban a la sazón entre los entusiastas del nacionalismo. Naturalmente que identificar la patria con un sentimiento tiene sus dificultades: podría preguntarse si es una categoría meramente subjetiva, o si por el

nacionalista. Sin embargo, pueden encontrarse en el estudio expresiones problemáticas. Por ejemplo, el autor sostiene que siempre el nacionalismo es un concepto político, nunca cultural y, por ende, la expresión “nacionalismo político” sería “tautológica” (Contreras, 2002: 264-266). De todas formas, y este autor así lo reconoce (p. 280), la construcción de la nacionalidad no es un proceso *ex nihilo* sino que, como también explica Gellner (Gellner, 1980: 80) el nacionalismo aprovecha una cierta “riqueza cultural preexistente, heredada históricamente”, por lo que la nacionalidad será ideológica y artificial, pero pre-existente al fin, y por lo tanto, de raigambre *cultural* (Cfr. Cruz Prados 1995, donde se explora sobre los fundamentos culturales del nacionalismo). Que tal concepción *cultural* (y por lo tanto pre-política) no pueda aislarse y que termine configurando una identidad política es algo que no puede negarse. Por otra parte, si se considera la nación y por lo tanto el nacionalismo como fenómenos esencialmente político debería mostrarse en qué se diferencian de las formas tradicionales de sujeción política (reino, imperio, pólis), puesto que de lo contrario existiría una suerte de continuidad y no de ruptura. Para una bibliografía completa de las principales obras sobre nacionalismo, además de la de Contreras, ver Perfecto García, 1999.

contrario es una respuesta subjetiva a ciertos factores objetivos. En caso de que fuese una respuesta a una cierta objetividad sería esperable que se determinaran cuáles son aquellos elementos que definen ese sentimiento. Por el contrario, si la patria fuera una categoría meramente subjetiva (un sentimiento) se presentarían las dificultades que tiene todo individualismo: la patria podría no ser tal para *todos* como pretende Lugones.

La respuesta de Palacio, por su parte, tampoco es del todo concluyente, puesto que en algún sentido asume que la nación sería una “fase” superior de la patria, pero nunca explicita por qué derivaría de ella y no a la inversa; además de no explicitar por qué se hace necesario distinguir ambas entidades. Aquí, quizá, pueda verse otro aspecto que acompañará la reflexión nacionalistas sobre los conceptos: la nación y el nacionalismo como la concreción política de un estado pre-político.

Cuarenta años después de la polémica el celeberrimo Leonardo Castellani publica en la revista *Jauja* nro. 25 de 1968, que dirigía a la sazón, un artículo titulado “Filosofía del nacionalismo”. Allí, aunque con el modo asistemático que lo caracteriza, intenta demostrar que la filosofía que sostiene al nacionalismo argentino es de cuño aristotélico. Haciendo las distinciones aristotélicas de familia, aldea (Castellani las llama el “pago”) y la pólis, Castellani llega a la conclusión de que la pólis aristotélica es la nación: la unidad política perfecta. Por lo demás, el término no le merece demasiadas consideraciones.

Aun asumiendo (y cometiendo un gran anacronismo) que la nación-Estado, tal y como la conocemos actualmente, se pueda identificar con la polis aristotélica⁴, cabría preguntar por qué no podría identificarse con otras formas políticas: el reino, el imperio, etc. Es decir, qué sería lo específico de lo nacional, que lo convertiría en la unidad política perfecta, a diferencia del reino o del imperio. Podríamos reprocharle al Padre Castellani, aquello que a él tanto le gustaba afirmar: lo que se afirma sin

⁴Leo Strauss en su *Historia de la filosofía política* (1996) apela a una analogía similar en su introducción. Quizá el texto de Castellani deba interpretarse (y de un modo similar el de Strauss) como una contribución pedagógica sin demasiado rigor, concebida para fines extra-académicos. Sin embargo, decidimos incluir las ideas de Castellani porque, a nuestro juicio, reflejan una constante en el modo intelectual del nacionalismo: el énfasis sobre la precisión (para decirlo en términos de Ortega y Gasset). Esto se verá más claro cuando nos ocupemos de Aníbal D'Ángelo Rodríguez.

pruebas puede ser negado sin pruebas. Y quizá ser más duros y aplicarle otro de sus axiomas: *ex absurdo quodlibet sequitur*. Es decir, en la medida en que el P. Castellani iguala nación (tal como se entendía el concepto en la década de 1960) con "pólis", puede deducir cualquier cosa de ello.

2.- El paradigmático caso de Aníbal D'Ángelo Rodríguez

Aníbal D'Ángelo Rodríguez tenía a cargo la sección de "Testigo de Cargo" de la revista *Cabildo*, órgano de prensa del nacionalismo argentino. En los textos de D'Ángelo Rodríguez se aprecia una pluma refinada y se ve una clara honestidad intelectual: lo que D'Ángelo escribe lo hace profundamente convencido de estar prestando a la patria un humilde servicio. Por otra parte debe destacarse que es uno de los pocos autores del nacionalismo argentino que intentó elaborar una definición del concepto de nación. Publicó, allá por el 2005, un opúsculo en el que polemizaba con la historia del nacionalismo argentino escrita por Fernando Devoto. El título reza *Fernando Devoto o la ceguera de los progresistas*. Un año antes había visto la luz su *Diccionario de política*. En ambos libros este autor se encarga del término "nación". Comenzaremos con la reflexión "dangeliana" en el opúsculo y luego seguiremos con su entrada en el *Diccionario*.

2.1.- La idea de nación en *Fernando Devoto o la ceguera de los progresistas*

La intención de este texto es demostrar que Fernando Devoto "ignora su objeto de estudio [el nacionalismo]", ya que, entre otras cosas nunca se puso a pensar en serio sobre lo que es una nación (D'Ángelo Rodríguez, 2005: 34)⁵. Lo más que hizo, según D'Ángelo, fue asumir acríticamente la tesis que sitúa el surgimiento de la idea de Nación en la Revolución Francesa (p.34). Inmediatamente después, nos dice que Devoto "está soberbiamente acompañado", ya que toda la teoría política actual es de

⁵ A partir de aquí cuando sólo se indique número de página y salvo referencia en contrario, las citas textuales y contextuales se toman del texto de D'Ángelo Rodríguez *Fernando Devoto o la ceguera de los progresistas* (2005).

esta opinión. Para D'Ángelo "la idea de Nación" no se identifica con la Nación real. Él propone, entonces, reflexionar sobre la nación misma, haciendo una meditación "desprejuiciada".

Aquí la argumentación muestra algunas falencias. No sólo porque pareciera como si el autor conociera de una manera intuitiva e inmediata⁶, sino porque los conceptos políticos, dada su distancia de los primeros principios y su concreción en circunstancias de tiempo y espacio, suelen verse "cargados" de sentidos. Por ello, puede ser arriesgado aquello de proponerse pensar la Nación *ab ovo*. Pero quizá lo que más debe remarcarse es la sistemática negativa del nacionalismo a aceptar cualquier proposición que provenga del ámbito académico. Así D'Ángelo Rodríguez se permite negar en bloque todos los estudios que sitúan el origen del concepto (tal y como se lo entiende hoy en día) en la Revolución Francesa.

Para probar que un pensamiento desprejuiciado puede arribar a la falsedad de la tesis que postula la nación como un concepto moderno, cita a un escritor llamado Esteban Polakovic que "pensó que se podía usar el tiempo *Pensando la nación*" (p.34). Polakovic cita a Hans Kohn, quien afirma que lo nacional "es una voluntad colectiva, viviente y activa", y se pregunta si tales voluntades no existían antes del s.XVIII (p. 35). Para D'Ángelo este error burdo (que ignora que lo nacional es ínsito al ser humano y por lo tanto anterior al siglo XVIII) anula todas las conclusiones de Devoto.

Según D'ángelo la confusión de Devoto se origina en un error metodológico y en otro ideológico.

Pero antes de continuar, preguntémonos: ¿alcanza la definición de Kohn, citada por Polakovic y asumida por D'Ángelo, para refutar la tesis "progresista" de Devoto? O lo que es más ¿alcanza la definición antes citada para definir una nación? En los términos propuestos ("una voluntad colectiva, viviente y activa") sería lícito preguntar dónde reside lo específicamente nacional. Así enunciado podría aplicarse a un club de barrio, a una empresa, a la Iglesia, a un sindicato, a la universidad, e

⁶ Alejandro Llano sostiene que "la cosa conocida se hace presente por la especie o idea", pero parece que D'Ángelo Rodríguez, aun llamándose a sí mismo "realista", no aceptaba esta proposición puesto que se niega a hablar de la "idea de Nación".

incluso a la familia. ¿No son acaso todos ellos grupos con una voluntad colectiva, viviente y activa?

D'Ángelo Rodríguez se previene de las críticas y cita a Polakovic (p.36) una vez más para decir que el error metodológico de Devoto consiste justamente en esto: querer apresar el concepto de nación en una definición científica. Para el columnista de *Cabildo*, la nación es una realidad siempre lejana, que las definiciones que buscan científicidad tan sólo se quedan con una parte de la verdad. Quizá puedan conseguirse sólo "pistas" de lo que es una nación por medio de la teología y la poesía.

La verdad es que la nación resiste a todas las definiciones y a todas las adscripciones con las que los intelectuales quieren apresarla. No es ni iluminista (aunque en la modernidad tuvo un sesgo particular) ni clásica: es un valor permanente que integra la consistencia más íntima del hombre (p. 43).

El repertorio de características que "los intelectuales describen como esenciales a la nación: el territorio, el idioma, las creencias religiosas, el Estado [sic]" no bastan para conceptualizarla. Dice D'Ángelo que la esencia de lo nacional habría que buscarla en algo así como "un alma colectiva" (p.39). Esto se explicaría del siguiente modo según las lecturas que nuestro autor hace de Spengler: podría decirse que un pueblo es tal por una experiencia interna del "nosotros". Sin embargo habría que rastrear mejor si el sentido que Spengler otorga a 'pueblo' es el mismo con el que se refiere a 'nación'. Este es el aspecto subjetivo de la nación. Ese sentimiento subjetivo tiene su asiento en algo objetivo: "las tumbas, los fuegos, los dioses (*arae focique*), la historia".

Se podría decir de D'Ángelo lo que el historiador pampeano Jorge Ferrari afirma de Juan José Hernández Arregui, basándose en el clásico texto de Hobsbawm *Naciones y Nacionalismo desde 1780*:

El pensador intenta, en nuestra opinión, sin éxito, una definición de la nación a partir de criterios objetivos y subjetivos. La combinación de criterios objetivos como la lengua, el territorio común, la historia común y determinados rasgos culturales, fracasa a la hora de definir una nación, ya que solo algunos miembros del grupo que se reivindica como nación reúnen todas las condiciones. Por su parte, la alternativa de utilizar un criterio subjetivo, individual o colectivo, como la sensación de pertenencia, desemboca en un razonamiento circular que únicamente proporciona una orientación *a posteriori* de lo que es una nación (Ferrari y Miranda, 2009: 101).

Cuando D'Ángelo Rodríguez se refiere al error ideológico de Devoto lo atribuye al supuesto iluminismo del historiador que lo llevaría, como a todos los iluministas, a afirmar “que no existe sino el individuo como realidad y que el individuo no tiene otra adscripción que esa vaga referencia a la humanidad” (p.38). Llegados a este punto, la argumentación se torna más confusa puesto que D'Ángelo intenta identificar el concepto de nación con lo que los antiguos denominaban “patria”. Dice:

Una aclaración se hace necesaria: en sentido propio, Patria es, como lo dice su etimología, “tierra de los padres” y se refiere al asiento físico de una nación. La palabra, sin embargo, suele usarse como sinónimo de nación. Lo mismo pasa con la palabra “pueblo” que es un sinónimo antiguo de nación, como “etnia” es también sinónimo pero de aplicación moderna (p. 41).

Como se puede observar a D'Ángelo Rodríguez le importan poco las palabras: “pueblo”, “patria”, “nación”, “etnia”, no parecen revelar ningún matiz⁷. Creemos que,

⁷ Como se ha señalado recientemente “La violencia del anacronismo surge cuando el filósofo hace un movimiento analítico salvaje. Este salvajismo consiste en la falta de cautela metodológica para reconstruir conceptos de momentos históricos diferentes. Por ejemplo, leer la idea antigua de

así planteado el asunto, se podría agregar “reino”, “clan”, “tribu”, “raza”, “sangre”, y no habría demasiadas diferencias para el columnista de *Cabildo*. La cuestión de la realidad y las palabras es problemática en su raíz filosófica a partir de la Modernidad. ¿Cómo se interrelacionan?, ¿de manera unilateral, a modo de causa y efecto o de manera recíproca, a modo de una atracción mutua simultánea en el tiempo? Muchas y muy variadas han sido las respuestas a estas objeciones. Frente a esta situación actual, que el intelectual de fuste no puede ni debe desconocer, se hace necesaria sino ya una toma explícita de postura, al menos una delicada rigurosidad en el empleo de términos sinónimos referidos a una misma realidad. En el planteo de D'Ángelo Rodríguez no se hace una opción explícita respecto a la cuestión ‘palabras y cosas’ pero pareciera que se inclina por considerar la nación como una suerte de realidad eterna cuyas denominaciones han ido cambiando a lo largo del tiempo. En este espectro de denominaciones nos parece reconocer en ‘patria’ la más cercana a una realidad primigenia y en ‘nación’ la más actual y moderna. Sin embargo, todas las palabras enumeradas en el párrafo anterior son, en la pluma de este historiador, sinónimas sin más. Y esto resulta verdaderamente paradójico ya que intenta refutar la tesis de Fernando Devoto que es eminentemente terminológica o al menos se asienta en la palabra ‘nación’ y las implicancias que esta tiene en la época moderna, amén de que su principal crítica al nacionalismo de derecha argentino es no haber problematizado lo suficiente tal término, ni en su uso ni en su discusión intelectual.

Para apoyar su empresa de identificación de términos (nación=Patria), Rodríguez invoca la autoridad de Tomás de Aquino. En la *Summa II-IIae*, q. 101, el Aquinate explica que a la piedad corresponde dar culto a Dios y, secundariamente, a los padres y a la patria. La conclusión que D'Ángelo extrae es la siguiente:

florecimiento moral en términos de autonomía moral supone ya cierto salvajismo. No se puede pasar “sin más” de un concepto a otro, no a menos que el trabajo teórico del filósofo sea más cauto, comparativo, consciente de los horizontes de comprensión. Esta consciencia no tiene porqué llevar al relativismo histórico y dinamitar los logros del análisis de los conceptos, logros mensurables en precisión, fineza en la comprensión de los problemas y cierto rasgo de estabilidad o perennidad en los conceptos obtenidos tras un arduo análisis” (Lariguet, 2015: 314-315).

De allí que el concepto clásico de nación (antiguo y medieval) prefiera las palabras patria y patriotismo para expresarse, porque ella implica una nación encarnada en una tierra que se hace sagrada por los sacrificios (*sacri-facere*) de los que vivieron en ella y de los que murieron por ella. Hay una relación carnal, íntima, raigal entre el hombre y su patria. Por ello la nación no está compuesta sólo ni principalmente de los que hoy viven en ella sino que consiste, precisamente, en una procesión intemporal que se desarrolla -sin embargo- en el tiempo y en el espacio. De allí la peligrosidad de la definición de Renan (el “plebiscito cotidiano”) que mal interpretada, oscurece esa noción de continuidad. (p. 42-43)

De este modo, según entendemos, la nación sería una realidad espiritual: “el alma”, si continuamos con la metáfora que se utilizó antes. Aceptemos por un momento la explicación antropomórfica (la nación como el alma, la patria como el compuesto). ¿No sería preferible formar un movimiento político llamado “patriotismo”? ¿Por qué insistir con la “nación”, que no agregaría nada a la patria, más bien le quitaría elementos? Además de poseer una oscuridad tal que la hace prácticamente inasequible a la razón.

Por momentos pareciera que D'Ángelo Rodríguez lo único que logra es dar un par de definiciones oscuras, aplicables a varios grupos humanos; y en otros diluir tanto el concepto que pareciera identificarlo con patria o pueblo, subsumiendo a aquella en estos conceptos. Se presenta otra dificultad, asimismo, y es entender por qué es la nación la que, en algún sentido, funda la patria y no a la inversa. Pensemos, sin irnos más lejos, en el caso de la Argentina. Cuando sus fronteras nacionales estuvieron políticamente delimitadas, se comenzó a hablar de nación. Pero, ¿obedeció esto a un proceso “natural”, en el sentido que D'Ángelo nos presenta la nación? ¿O fue más bien un proceso de construcción política, es decir, de construcción del “ser nacional”, basado en una convivencia pre-existente?

En D'Ángelo, como puede verse, opera una vieja idea nacionalista: la nación como un concepto natural pre-político, casi contrapuesto al concepto político de nación. Así el territorio no constituye *esencialmente* la nación natural (buena y bella), porque el territorio formaría parte de esa otra nación, no tan natural ni tan buena ni tan bella: la nación política o el Estado-Nación, invento de los liberales y de la Modernidad ilustrada.

Pero si esto es así y hay tal separación entre una y otra forma de nación, no quedan claros, de ninguna manera, los límites de una nación, entendida en términos culturales: ¿qué diferenciaría, para seguir con nuestro ejemplo, a Chile, Argentina y Uruguay? ¿La lengua, la religión, la música, la gastronomía? Como se ha dicho (Cruz Prados, 1995: 215), si una comunidad tiene un 80% de características comunes, el nacionalismo insistirá en el 20% restante, como las características constitutivas de lo nacional.

Supongamos que aceptamos la tesis intuicionista de D'Ángelo Rodríguez y que aceptamos también que hubo naciones como las conocemos hoy o al menos “gérmenes protonacionales” (Palti, 2006: 22) antes de la Revolución Francesa. ¿Podríamos decir que es en esa época cuando el concepto adquiriera un contenido propiamente político? Según D'Ángelo esto podría ser así, pero para concederlo vuelve a identificar confusamente patria y nación (p.44), y agrega que el nacionalismo es, en cambio:

una doctrina de medios y fines construido siempre sobre la necesidad de mantener y defender la integridad y la identidad de una nación. Por cierto que el concepto de integridad comprende el territorio, los intereses y el patrimonio en general (p. 44).

Afirma que este tipo de doctrinas florecieron en la modernidad (y en esto, para D'Ángelo Rodríguez es en una de las pocas cosas que acierta Devoto). Esto se dio así por dos motivos: (a) un nuevo imperialismo que busca homogeneizar las poblaciones

conquistadas; y (b) una doctrina que niega la nación como realidad natural y presenta a la “Humanidad” como protagonista de la historia (p.45).

Sobre el primer factor causal (a) se podría preguntar si serviría para explicar los fenómenos nacionalistas americanos del s. XIX⁸. Es decir, ¿de qué imperialismo, que buscaba homogeneizar las poblaciones conquistadas hablamos? ¿No fue más bien a la inversa? Antes de las revoluciones independentistas americanas el único sistema de organización que existía era el virreinal. Se agrupaba bajo un mismo régimen geografías y costumbres tan diversas como las de Lima y Buenos Aires. Recordemos asimismo que el Virreinato del Río de la Plata fue un hecho político bastante tardío. Recién a principios del s. XIX las “naciones” comenzaron a organizarse políticamente en comunidades autárquicas y autónomas, si se nos permite la expresión.

Por otra parte, la tesis del imperialismo homogeneizador no sirve para explicar los fenómenos nacionalistas de cuño marxista de Asia, señalados por Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas* (Anderson, 1993: 17). Tales luchas entre gobiernos que tienen “independencias y credenciales revolucionarias innegables” son un fenómeno extraño puesto que si representaran el internacionalismo de la ideología socialista, como pretende D’Ángelo, entonces el entendimiento entre ellos sería una cuestión sencilla. Para Anderson, sin embargo, toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales y es apenas concebible que las intervenciones de la Unión Soviética en, por ejemplo, Alemania (1953), Checoslovaquia (1968) o Afganistán (1989) se puedan explicar como “una defensa del socialismo” sino más bien como enfrentamientos por cuestiones nacionales (Anderson, 1993: 17-18).

El segundo factor causal propuesto por D’Ángelo (b) para explicar el origen de los nacionalismos es más complejo y debatido. No es nueva la tesis que sostiene que la nación en sentido moderno no es algo tan natural como se piensa. Ernst Gellner, en

⁸ Palti dedica un interesante apéndice a su obra para mostrar las variaciones del discurso nacionalista en América (2006: 131-146). Allí el autor sostiene la insuficiencia de los criterios de *unidad* (la existencia de ciertos rasgos comunes a los hombres connacionales de todos los tiempos) y *exclusividad* (que tales rasgos distingan a la nación de otras) para explicar el fenómeno de las naciones americanas. Por otro lado, Palti pone de manifiesto con documentación histórica lo problemático que resultó a los independentistas mantener a raya los intentos secesionistas y sostener la “unidad nacional” una vez declarada la independencia de España.

su ya clásico libro *Naciones y nacionalismos*, sostiene que fue precisamente el nacionalismo quien inventó la nación y no a la inversa (Gellner, 2008: 80)⁹.

La afirmación de Gellner es problemática pero se comprende si se realiza una distinción (siempre difícil) entre lo político y lo cultural. El nacionalismo creyó encontrar en la nación una identidad natural y objetiva e intentó fundamentar lo político desde este orden natural: las naciones son naturales, por ello lo político debe coincidir con lo nacional, ya que de algún modo esto sería más natural. Desde esta óptica se ve como algo natural, y consecuentemente mejor, que gobernado y gobernante comparta la misma identidad cultural.

El problema es que de las objetividades que presuntamente se muestran como tales no se deduce necesariamente un concepto político. Dice sobre este respecto Cruz Prados:

Definir la nación –entendida según el nacionalismo– en función de la cultura implica suponer que los factores culturales son de por sí fundadores de vínculos sociales; que el hablar la misma lengua, por ejemplo, hace, por sí solo, que los hombres se reconozcan deberes y derechos mutuos... Los factores culturales no fundan por sí mismos verdaderas solidaridades...la comunidad cultural no constituye espontáneamente una comunidad de vida social, compuesta de verdaderos derechos y obligaciones mutuos (Cruz Prados, 1995: 218-217).

⁹ Dice Gellner: “El engaño y autoengaño básicos que lleva a cabo el nacionalismo consisten en lo siguiente: el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias. Esto implica la difusión generalizada de un idioma mediatizado por la escuela y supervisado académicamente, codificado según las exigencias de una comunicación burocrática y tecnológica módicamente precisa. Supone el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, con individuos atomizados intercambiables que mantiene unidos por encima de todo una cultura común del tipo descrito, en lugar de una estructura compleja de grupos locales previa sustentada por culturas populares que reproducen local e idiosincrásicamente los propios microgrupos... Sin embargo, esto es exactamente lo contrario de lo que afirma el nacionalismo y de lo que creen a pies juntillas los nacionalistas...” (Gellner, 2001: 82).

También es Cruz Prados quien afirma (Cruz Prados, 1995: 220) que el nacionalismo, como movimiento político moderno fue una reacción a la política Ilustrada, pero que reaccionó con sus mismos esquemas: la pretensión de subsumir lo artificial y voluntario (lo político) en aquello que es espontáneo y natural (la nación).

Para reafirmar lo anterior, como señala John Dunn (Dunn, 1997: 196) si “la nación consiste en aquellos que pertenecen por nacimiento (genéticamente, linealmente, a través de la cultura y la lengua heredada familiarmente)”; y “el estado consiste en todos aquellos que están (o son) totalmente sujetos a (o de) su propia autoridad legal soberana”, entonces un verdadero Estado-nación se constituiría sólo de aquellos que pertenecen por nacimiento y por estar sujetos a la autoridad legal soberana. Pero, como concluye Dunn, no habría, entonces en el mundo ni un solo Estado-nación. O lo que es más: nunca habría existido en el mundo ni siquiera un solo estado de ese tipo. Esto sería así ya que, el número de quienes están sujetos a la autoridad del Estado no coincide necesariamente con los que comparten la pertenencia por nacimiento, es decir de unidad cultural.

D'Ángelo Rodríguez, en su afán de encontrar en la nación un concepto de raíz clásica y por tanto anti-ilustrada, niega terminantemente que un movimiento político que no sea precisamente el nacionalismo, pueda tener un talante nacionalista, como antes afirmamos de, por ejemplo, las Revoluciones comunistas. Puesto que para D'Ángelo Rodríguez las versiones liberales y socialistas del Iluminismo son “antinacionales” (p.45).

Esta alianza entre nación y movimiento liberales o marxistas, para D'Ángelo, se puede dar sólo de modo tangencial y a corto plazo. Pero “el largo plazo tiende a hacer imposible la convivencia entre una y otra cosa. Pero no en la coyuntura.” (p. 46). Así afirma que la Tercera República Francesa utilizó “el culto patriótico” sólo con fines electorales o Stalin redescubre las glorias de Rusia ante el ataque alemán, pero esto, por más que se le parezca, no es nacionalismo. Y agrega:

El mundo real está lleno de esas contradicciones, de momentos en los cuales se toman principios o esquemas del enemigo porque la situación así lo exige (p. 46).

D'Ángelo Rodríguez no ve que el nacionalismo argentino fue justamente eso: un movimiento contradictorio que asumió esquemas del que consideraba su enemigo (la Modernidad política) e intentó transformarlos, aunque sin precisión y sin el más mínimo rigor.

Despreciando (no hay otro término) infundadamente los estudios más serios sobre la cuestión, D'Ángelo no logra dar con lo constitutivo de una nación y por eso le resulta imposible aislar y diferenciar el concepto: luego de la lectura de su opúsculo no logramos entender por qué, por sólo dar unos ejemplos, las pretensiones del Supremo entrerriano Ramírez de fundar una nueva nación eran ilegítimas o por qué Mendoza, Quemú-Quemú o la tribu de los hotentotes no pueden constituirse legítimamente en Estados nacionales.

2.2.- La entrada "nación" en su *Diccionario político*

La advertencia preliminar del *Diccionario político* de D'Ángelo Rodríguez permite ver con claridad qué puede esperarse y qué no del libro: según el autor está pensado para un público culto, no especializado. El libro no pretende agotar "la esencia última de las cosas" sino mostrar "su modo de funcionamiento". Pero, como intentaremos demostrar, D'Ángelo presenta serias limitaciones incluso en dar cuenta de ese plano más exterior de la nación, si se nos permite la expresión.

D'Ángelo comienza el artículo "nación" haciendo una extraña contraposición entre las nociones de tiempo cíclico y tiempo lineal. La idea lineal fue introducida por el cristianismo y postulaba la importancia del individuo. De este modo, la experiencia tribal parecería más cercana a la idea cíclica del tiempo: unos grupos nacían y otro

morían, mientras que la experiencia individual quedaba eclipsada ya que sería imposible al individuo sobrevivir sin el grupo (D'Ángelo Rodríguez, 2004: 444)¹⁰.

Estas reflexiones, en apariencia tan prosaicas, acarrearán según D'Ángelo Rodríguez, profundas consecuencias: de allí se deduce que (a) o el hombre no posee una naturaleza humana perenne, sino que la agrupación obedece a un hecho histórico, fundado en ciertas condiciones materiales que el hombre puede superar (esto es el Iluminismo, según D'Ángelo); o (b) el hombre es un animal social que se realiza en los grupos en los que se integra. Hasta aquí las preliminares. (p. 445)

Luego el artículo se divide en dos grandes apartados: el I (primero) titulado "Qué es una nación" y el II (segundo), denominado "Nacionalismo". Lo primero que nota el lector es la escasa articulación entre las preliminares y el artículo uno: el columnista de *Cabildo* realiza una introducción donde entran en escena las tribus; los ciclos y la concepción vectorial cristiana del tiempo; el Iluminismo; la tensión individuo-grupo; todo eso para decirnos que uno de los grupos en los que el hombre se integra es la nación. Con lo cual no se aporta demasiado al asunto que se busca definir.

Ya en el cuerpo del artículo D'Ángelo advierte al lector que la nación es un concepto "increíblemente ignorado como concepto. No porque no existan -y aún centenares- de libros y ensayos sobre el tema sino por la naturaleza escurridiza de su definición teórica" (p.446). Después dice que para Toynbee, por ejemplo, la nación es una supervivencia tribal. En cambio para muchos otros, es un concepto moderno y occidental. De esto D'Ángelo Rodríguez concluye provisionalmente que:

La primer conclusión es, entonces, que se trata de una realidad fácilmente accesible a la intuición pero resistente al análisis discursivo y que la causa de ese hecho es lo compleja y polifacética que es la realidad de la Nación (p. 446).

¹⁰ A partir de aquí cuando sólo se indique número de página y salvo referencia en contrario, las citas textuales y contextuales se toman de la entrada "Nación" que aparece en el *Diccionario de Política* (2004) D'Ángelo Rodríguez.

Por ello, al autor le parece más simple comenzar por lo que *no es* una nación. En principio no es una comunidad política: la Ex-Unión Soviética, la Ex-Yugoslavia o algunas naciones africanas que “englobaron caprichosamente en su territorio dos o más naciones (o dos o muchas más tribus” y que “la disolución de estas comunidades ha dejado 'escapar' las Naciones reales que contenían”. Tampoco sería una unidad lingüística ni religiosa ni territorial: esto lo demostraría el pueblo judío, en quien subsiste la unidad nacional aunque no todos compartan estos rasgos.

Pero entonces, ¿qué es una nación? Descartados estos aspectos poco es lo que queda. Nuevamente el columnista de *Cabildo* afirma que es una “realidad resistente a los análisis científicos, como la mayoría de las cosas decisivas para el hombre” (p. 447). Sólo podemos saber que la Nación tiene que ver con la historia”. Pero “si la Historia es tiempo humano, la Nación es humanidad intemporal, procesión de hombres que están en la Historia pero la atraviesan como si no estuvieran en ella” (p. 447). De este modo el bellavistense D'Ángelo introduce otro elemento: la tradición. La nación sería esa manera de apresar lo eterno en el tiempo, y en definitiva, esto no es sino tradición (p. 447). Acto seguido menciona nuevamente su ejemplo favorito: el pueblo judío.

Para terminar su primer apartado D'Ángelo sostiene que “el vínculo lingüístico, la conservación de una Patria o 'tierra de los padres', la sumisión a una autoridad política común y sobre todo la fundamentación sagrada de la Nación” no son cuestiones indiferentes: aunque son insuficientes en cuanto a la esencia, son decisivos en cuanto a la forma (p.447). Nuevamente, y como ya lo habrá adivinado el

lector, la prueba es Israel¹¹: sobrevivió sin tener ni unidad lingüística ni territorial, pero llevó a cabo el proceso de reunificación en cuanto pudo.

Hasta aquí el primer apartado. Veamos, entonces, el balance que nos deja. En primer lugar, para ser un diccionario, por más pensado para un lector no especializado que esté, debe definir el concepto. Pues D'Ángelo Rodríguez no lo hace. Todo el artículo transcurre afirmando, casi como si se tratara de una excusa, que la nación no se puede definir. Si el concepto es de una naturaleza absolutamente intuitiva, ¿por qué lo coloca en un *Diccionario Político*?

En segundo lugar, afirmar que la Unión Soviética era un conglomerado de naciones y España no (para D'Ángelo Rodríguez en este artículo España es un ejemplo de una *verdadera* nación), es al menos temerario, si no se hace alguna precisión mayor. Pensemos en ese "lector culto no especializado" a quien se dirige el diccionario. Pensemos que tal individuo lee los diarios y mira la televisión: se preguntará entonces "¿Por qué Catalunya y el País Vasco no son naciones?"

Otro aspecto que llama la atención es la búsqueda de una explicación puramente cultural de la nación¹²: para D'Ángelo Rodríguez nación no se entiende como un concepto político. A la hora de mostrarle a un lector culto no especializado el modo de funcionamiento del concepto sería de desear, según nuestra perspectiva, trazar una distinción entre lo cultural y lo político, aun sabiendo que ambos conceptos se imbrican de un modo muy particular, especialmente desde la Revolución Francesa.

El problema de la nación como concepto político lo explica D'Ángelo en el siguiente apartado intitulado "Nacionalismo". Una vez más el columnista de *Cabildo*,

¹¹ Contreras señala esta tendencia a adjudicar tendencia nacionalista a autores que nunca lo podrían haber sido. Cito textualmente: "En la medida en que el apego a las raíces parece un rasgo universal, el nacionalismo consigue así promocionarse a la condición de atributo esencial de la naturaleza humana: además de *rationale*, *loquens* o *habile*, el hombre resultaría ser un animal *nationale*. Una vez aceptada esta tramposa identificación (nacionalismo = amor patrio), se puede desligar al nacionalismo de su genuino contexto histórico —los siglos xix y xx— y retrotraerlo anacrónicamente a la época que se prefiera. Se desemboca así en una pintoresca relectura de la Historia en clave pannacionalista: Moisés ya no es el profeta de Dios, sino un caudillo hebreo en lucha con los opresores egipcios, Vercingetorix se convierte en De Gaulle avant la lettre, y el mismo Jesucristo puede transformarse en un belicoso activista zelota, que no predica ya la metanoia, sino el odio a los invasores romanos..." (Contreras 2002 : 260)

¹² Una explicación similar la encontramos en un autor ajeno al nacionalismo pero muy leído en la Argentina: Jaques Maritain. En *El hombre y el Estado* argumenta de modo parecido.

nos dice que, si “nación” no se puede definir, otro tanto sucede con “nacionalismo”. Afirma que quizá lo mejor para entender el fenómeno del nacionalismo sea trazar una distinción: entender el nacionalismo como (a) “la simple apetencia de sobrevivir común a todo lo que existe”, esto es, nacionalismo como lo “equivalente en el grupo del instinto de supervivencia en el individuo”; y (b) como un movimiento moderno, surgido en el siglo XIX, que busca otros objetivos que la sola supervivencia: la explicación de lo nacional como motor de la Historia, la utilización de lo nacional como voluntad de potencia o como mero instrumento para fines pragmáticos (vgr. en la Guerra Fría) (p. 448).

Según D'Ángelo el primer tipo de nacionalismo es natural: donde existe una nación, los individuos buscan que la nación subsista en el tiempo. Ahora bien, si la nación es tan difícil de definir, volvemos al punto de inicio: ¿cuál es el límite de lo nacional? Si asumimos que la nación es el instinto de supervivencia grupal, ¿es por ello todo grupo que busca sobrevivir en el tiempo, una nación¹³?

El segundo tipo de nacionalismo, según este autor, puede abarcar o no al primer tipo. Y aclara que son los nacionalismos del segundo tipo los proclives a excesos y exageraciones. Estas desviaciones son las que han causado que la mayoría del pensamiento actual reaccione contra el nacionalismo en su totalidad (p. 448).

De estas apreciaciones vemos que cuando el nacionalismo se torna un movimiento específicamente político, es decir, en el siglo XIX, las cosas tienden a desvirtuarse. Todo hace pensar que para D'Ángelo Rodríguez, el nacionalismo en sentido propio es el cultural, y en sentido derivado político. Ahora bien, y como ya se ha señalado, aunque asumamos que existieron gérmenes protonacionales o incluso “naciones” antes del siglo XIX, lo cierto es que no puede hablarse de nacionalismo,

¹³ El Dr. Héctor Ghiretti sostenía cáusticamente y con ironía que el Club “Luna de Avellaneda” según esa escasa caracterización entraría perfectamente en esta definición de nación. Club “Luna de Avellaneda” es una interesante película argentina en la que se plantea la supervivencia de un club como un cuerpo intermedio muy valioso para la promoción social de sus miembros. Agradezco estas y muchas otras ideas de este artículo, que surgieron de largas y fructíferas conversaciones que mantuvimos.

por más que D'Ángelo quiera, como Huizinga, hacerlo equivalente al patriotismo de los antiguos.

No resulta fácil entender por qué una nación que lucha por sobrevivir, deba hacerlo en términos de autonomía política, es decir, por qué la nación deba ser soberana y "autogobernada". Puede estar gobernada o regida por una autoridad extranjera, y mantener su identidad. Tal fue el caso de España, por ejemplo: durante algún tiempo fue gobernada por una casa alemana.

A la luz de las reflexiones de Cruz Prados podemos apuntar que, siguiendo la moderna transformación de los conceptos de "nación, patria y pueblo", el nacionalismo "tiende a identificarlos: al hacer de la nación un sujeto de derechos políticos, identifica ésta con el pueblo; y al ser el territorio una condición imprescindible para el Estado, identifica la nación con la patria" (Cruz Prados 1995: 219). Ahora bien, D'Ángelo Rodríguez no está dispuesto a conceder que el nacionalismo como tal es un fenómeno específicamente moderno y por lo tanto obedece a una racionalidad moderna. Prefiere escapar por la tangente y caratular a estas confusiones como existentes desde siempre (recordemos la cita anacrónica que nos trae de Tomás de Aquino de la *Summa* II-IIae, q. 101); o bien como exageraciones de algunos movimientos nacionalistas europeos (naturalmente, según esta visión, nunca cayó en esto la derecha nacionalista argentina).

Como ya se señaló, es interesante notar cómo el nacionalismo trata una y otra vez de racionalizar la política de la modernidad, pero asume el supuesto moderno que sostiene que el hecho político es artificial *per se*: se procede entonces a definir lo cultural, aislándolo y contraponiéndolo a lo político, para después asociarlos y hacerlos coincidir (Cruz Prados, 1995: 217). De esta forma se naturalizaría aquello artificial reduciéndolo a lo natural. El problema surge cuando se pone en cuestión esta supuesta naturalidad del concepto de nación y se revela que también presenta aristas artificiales e ideológicas, propias del modo moderno de comprender el Estado y la política.

A guisa de conclusión

Debemos conceder que la mayoría de los conceptos políticos poseen una propiedad que los hace particularmente difusos. Lo político, ese perpetuo *ens mobile*, suele dejar a sus analistas una sensación de vacío cuando se concluye la pesada tarea del análisis. Esto lo vio Jacques Maritain, con la fineza y la deliciosa pluma que lo caracterizaban:

No hay tarea más ingrata que tratar de distinguir y circunscribir racionalmente –o, dicho con otras palabras, esforzarse por elevar a un nivel científico o filosófico- las nociones comunes surgidas de las necesidades prácticas contingentes de la historia humana, cargadas de connotaciones sociales, culturales, históricas, tan ambiguas como fértiles, y que, sin embargo, encierran un meollo de significación inteligible. Tales conceptos son nómades, no fijos; son cambiantes y fluidos. Ahora se utilizan como sinónimos y luego en abierta oposición. Todo el mundo se encuentra más a sus anchas al utilizarlos cuanto con menor exactitud conoce su significado. Mas apenas trata uno de definirlos y separarlos, surgen legiones de problemas y dificultades. Uno corre el riesgo de caer sobre una pista falsa mientras intenta obtener la verdad y hacer analítico y sistemático lo obtenido... (Maritain, 1952: 13).

La sugestiva frase de Maritain refuerza la teoría de D'Ángelo y, probablemente, de todo el nacionalismo. La nación como parte de tales conceptos prácticos presenta una cierta dificultad para el análisis. Es cierto, por otra parte, que el positivismo decimonónico trató de negar existencia a todas las realidades que supusiesen una existencia no empírico-sensorial. Además el mismo positivismo se encargó de relegar el estudio de las cuestiones de filosofía práctica con su famosa

dicotomía entre hechos y valores¹⁴. En estas cuestiones, según nuestra modesta opinión, D'Ángelo y los nacionalistas llevan la razón.

Ahora bien, ¿la filosofía en sí, y consecuentemente, la existencia en su totalidad no está sujeta a la complejidad? Recordemos lo de Tomás de Aquino: sólo muy pocos hombres, tras largo tiempo y no sin mezcla de muchos errores, son capaces de resolver las cuestiones fundamentales de la filosofía (Bocheński 1963: 31). Por otra parte, pensemos en la noción de "sustancia", ¿no se encuentra uno con muchos problemas y dificultades cuando trata de definirla y separarla?

Según lo que hemos analizado, el nacionalismo de derecha en Argentina no problematizó demasiado el concepto de nación durante lo que podríamos llamar su "primera época". El libro de Fernando Devoto busca mostrar que es probable que tampoco pudiesen hacerlo. Esto se explica del siguiente modo: para defender la nación, el nacionalismo debió asumir las configuraciones histórico-políticas trazadas por el liberalismo de la generación del '80, y con ellas la idea de nación moderna que venía implícita.

Pero tal tesis es incompatible con las creencias que el nacionalismo tiene de sí mismo: el nacionalismo argentino de derecha siempre se posicionó como un movimiento anti-ilustrado y anti-liberal, o como vemos en las primeras discusiones como un movimiento de raíz aristotélica. Esto motivó a D'Ángelo Rodríguez a escribir un libro polémico intentando mostrar el supuesto error de Devoto. Tal error consistiría en asociar el nacionalismo con un movimiento moderno, emparentado con la Revolución Francesa.

D'Ángelo responde que esa es una vieja tesis que casi ni valdría la pena refutar. Pero sus intentos por mostrar que la nación tal y como la conocemos no es hija de la modernidad, según nuestro juicio, fracasan estrepitosamente. Nuestro autor se escudará en que el concepto "nación" es natural al ser humano, sólo que en nuestra época moderna adquiere características diferenciales. De este modo el nacionalismo

¹⁴ Hoy por hoy, aunque la distinción sigue vigente, en la práctica la mayoría de los estudiosos del tema tienden a ver con ojos críticos tal distinción. Cfr. H. Kinkaid, J. Dupré, A. Wylie (ed.). *Value-free science? Ideals and Illusions*. Oxford, Oxford University Press, 2007 y Putnam, Hilary. *El desplome de la dicotomía hecho valor y otros ensayos*. Barcelona, Paidós, 2004.

argentino no sería heredero de este concepto moderno ilustrado y liberal; sino de aquel otro natural, bello, bueno y sobre todo, pre-revolucionario. Pero su argumentación, llena de oscuridad y baches, lo único que hace es probar la modernidad del nacionalismo argentino: al identificar pueblo, patria y nación y suponer que es la nación la que debe poseer una soberanía política está asumiendo principios que en la época pre-moderna eran desconocidos.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.
- BOCHEŃSKI, Josef M. *Introducción al pensamiento filosófico*. Barcelona: Herder, 1963.
- CASTELLANI, Leonardo. *Las canciones de Militis. 6 ensayos y 3 cartas*. Bs. As.: Dictio, 1973.
- CRUZ PRADOS, Alfredo. "Sobre los fundamentos del nacionalismo". En: *Revista de estudios políticos*, N° 88 (1995):199-222
- D'ÁNGELO RODRÍGUEZ, Aníbal. *Diccionario político*. Bs. As.: Claridad, 2004.
- D'ÁNGELO RODRÍGUEZ, Aníbal. *Fernando Devoto o la ceguera de los progresistas*. Bs. As.: Instituto bibliográfico "Antonio Zinny", 2005.
- DEVOTO, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Bs. As.: Siglo XXI, 2006 (2da edición),
- DUNN, John. *The History of Political Theory and Other Essays*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- FERRARI, J. y MIRANDA, L. R. *Europa, Europae. Textos y contextos para reflexionar sobre los temas de la tradición occidental*. Bs. As.: Biebel: 2012.
- GELLNER, Ernst. *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 2001.
- H. KINKAID, J. DUPRÉ, A. WYLIE (ed.). *Value-free science? Ideals and Illusions*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

- HUIZINGA, Johan. *Hombres e Ideas. Ensayo de historia de la cultura*. Bs. As.: Cía. fabril editora, 1960.
- LARIGUET, Guillermo. "Tragedia y política. Desde la Antígona de Sófocles a la Antígona Furiosa de Gambaro". En: *Anacronismo e irrupción*. Vol. 5, N° 8 (2015): 297-315.
- MARITAIN, Jacques. *El hombre y el estado*. Bs. As.: Guillermo Kraft editorial, 1952.
- PALTI, Elías. *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Bs. As.: FCE, 2006.
- PERFECTO GARCÍA, Miguel Ángel. "Los nacionalismos contemporáneos. Un estado de la cuestión" En: *Studia Zamorensia*, N° 5 (1999): 227-244
- PUTNAM, Hilary. *El desplome de la dicotomía hecho valor y otros ensayos*. Barcelona: Paidós, 2004.
- STRAUSS, Leo; CROPSEY, Joseph (comp.) *Historia de la filosofía política*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996.